

## La Balandra

Por Edgardo Scott y Mariana Lerner (de *El Ansia*)

<http://la-balandra.com.ar/>

Había pensado empezar por una vía, pero empiezo por otra, que tiene que ver con la pregunta de uno de los asistentes a propósito de las presentaciones: el problema del lector. Yo quiero empezar por pensarme como lector hace quince años –tengo 36– y seguramente hubiera leído *La Balandra*. La leo ahora, desde otro lugar, ya que, por suerte, he tenido la suerte de colaborar en ella como invitado. Ante una revista literaria pensaba que, si la primera línea de la literatura son los libros, la segunda son las revistas literarias, donde me parece que oscila un poco la cuestión más pública de la literatura; si se quiere, una cuestión más de bambalinas. Me parece que en una segunda línea donde quizás uno pueda encontrar autores que no están publicando desde hace rato o a quienes les cuesta publicar: uno los encuentra en las revistas literarias y no los encuentra en las librerías o en las editoriales.

También se ha hablado bastante sobre política y me parece que hay algo de esta doble vertiente que tienen las revistas literarias. Hay revistas literarias que parecen muy dispuestas a disputar y a ocupar un espacio de poder dentro del campo literario, mientras hay otras revistas literarias que me parece, pretenden un mayor acceso público. En la primera línea uno puede pensar a *Contorno*, *Sur*, *Literal*. Hoy podríamos pensar algunos blogs o revistas virtuales y también en los suplementos culturales de los grandes diarios. En ese sentido, *La Balandra* se ubicaría en otro sector.

*La Balandra* parece preocuparse especialmente por: ¿Cómo se llega a la literatura?; ¿Cómo se logra la inserción en el campo literario? Me parece que hay varias puertas de acceso, y que la revista literaria cuanto más abierta sea, mejor. Recordaba, por ejemplo, a *La Mujer de mi vida*, que todavía se sigue editando aunque ya no en papel. Recordaba una primera revista que se llamaba *Lea*, si no me equivoco, muy interesante; la revista *Oliverio*, donde yo publiqué mi primer cuento en el 2003, que editaba Ricardo Romero. En esa línea, me parece que, sobre todo para los escritores que están empezando, es una gran puerta de acceso al conocimiento de lo que es el campo literario en el cual se miden, entre otras cosas, como en cualquier campo, pasiones, distintos intereses, distintas convicciones, estilos. Y es por eso que cuando apareció *La Balandra*, hace un par de años, me pareció una gran iniciativa, porque era un espacio que había quedado un poco vacante. Y es más, estoy convencido de que si

algún día *La Balandra*, como proyecto, se agota, como a veces pasa en las revistas literarias y en la vida, va a quedar como una fórmula establecida: cualquier revista que viniera a hacerle lugar a narradores jóvenes, a poetas jóvenes –aquí tengo un número de *La Balandra* que es un homenaje a esto, a la poesía–, podría comenzar su camino desde ahí y con ese espíritu.

Hay otras revistas que tienen más otro tipo de ideología estética o política, que reproducen las fuerzas del campo político, incluso dentro del campo literario. Obviamente una política ideológica más allá del campo literario, porque cualquier campo reproduce las fuerzas del campo general, del campo político. Entonces, creo que pensándolo desde ese lugar, una revista como *La Balandra* está más cerca, si se quiere, de una lógica más del deseo literario. Luis Guzmán decía que no hay que confundir la historia de la literatura con la literatura. Si nos tomáramos el trabajo de mirar nuestra propia biblioteca, veríamos que es bastante ecléctica: muchos autores de distintas jerarquías, nacionales, internacionales, contemporáneos, de todo tipo. Me parece que una revista como *La Balandra* se abre a esta perspectiva. No viene a ocupar un determinado lugar de poder dentro del campo literario –aunque finalmente no sea ajena a este campo de poder–; pero está muy cerca del deseo literario y, sobre todo, del deseo de aquellos que empiezan a escribir.

**Edgardo Scott**

Pienso que la manera más clara para definir a *La Balandra* es como una puerta de entrada a lo literario, y que *La Balandra* se propone como el comienzo de algo concreto: escribir. Las editoriales, las colaboraciones, el armado de determinados números, que son muy homogéneos, van siempre en el mismo sentido. Esto es un modo de empezar algo. Uno puede escribir ensimismado, con referencias y errores propios, con contingencias más o menos rastreables, escribir con caprichos, limitaciones, con más o menos pasiones, –autoimpuestas, o impostadas– escribir contra alguien o a favor de nada. Todo eso se va a comprender más tarde. También hay un modo inolvidable de la escritura: escribir acompañado por un lector atento que recibirá esos textos; que impone pensar con quién dialogarían, cómo se leerían, cómo avanzarían en la intensa jungla de signos llena de voces, reglas,

personalidades, aditivos simbólicos y modos de validación. Escribir como parte de un diálogo sincero o como parte de un protocolo de ansiedad.

Por supuesto, hay también otros modos de entender la escritura. Uno de ellos es el de hacer de un texto un heredero de una tradición que él mismo inventa. Como profeta de sí mismo, el texto, en el mejor de los casos, es un mensajero tardío que llega a un lugar pasado o al presente y que es responsable también del futuro. *La Balandra* rescata esos elementos y los vuelve accesibles. Despeja el denso entramado de voces que resuenan de fondo y actúan sobre los escribientes. Se me ocurre que es como un Warnes del campo literario: como si vendiera, si mostrara las partes que lo componen, los repuestos, para desarmarlos y allí lograr comprenderlos. Y el lector, en la medida en que lo puede comprender –porque *La Balandra* siempre deja claro quién es su lector, son futuros escritores; en términos generales la revista es un mapa del estado de la cuestión del campo literario–, puede reproducir hasta modos de hacer.

Luego, querría sumar dos cuestiones: una es que esto se apoya en tomar a la literatura como un oficio, como un artesanado, finalmente. Retoma todo lo que es reproducible, todo lo que es transmisible –y aprehensible– en una labor como la literaria. Siempre, supongo yo, queda un margen que no se puede aprender. Pero *La Balandra* se ocupa de todo lo que sí se puede aprender. Sus secciones son claras en ese sentido: “Concursos”, “Quién es quién en los nuevos escritores”, “Entrevistas”, etc. O sea, hay una idea de la literatura como oficio. Y la manera de transmitir este cúmulo de saberes está muy apoyada en las entrevistas a los escritores, porque eso también permite cierta incoherencia y cierta irracionalidad en lo que se propone. Escribir nunca es una metodología sistemática, racional y coherente en sí misma. Entonces, la manera de poder transmitir algo que no es todas esas cosas es la experiencia. Siempre hay anécdotas de distintos tipos de escritores: *A mí me sirve tal cosa... O: Mi recorrido particular es tal otra...* U otro escritor plantea su propia biblioteca, su propio recorrido, etc.

La segunda cuestión, que tiene que ver con algo que se habló acá anteriormente, es la relación de las revistas con el presente. Yo había apuntado que *La Balandra* era hija de su tiempo, como cualquier revista, pero pensaba, a partir de las mesas anteriores, que en realidad las revistas no pueden ser más que actores de su tiempo. Intentan tener un grado de conciencia un poco mayor que el resto, porque se supone que son organismos pensantes, pero también siempre son actores de su tiempo. Hay algo que va por fuera de ellas y que las revistas encarnan sí o sí, como fatalmente. Por eso siempre parece más adecuado hablar de revistas cuando hay una distancia temporal; se las ve mucho mejor insertas en la historia, en los próximos años. Pero, por supuesto, lo que vale es el esfuerzo de ser un poco más conscientes que el resto.

Por último, quería leer una cita de Regis Debray, que habla sobre esta idea de cómo necesitamos “un algo de partida” para empezar a hacer algo por nosotros mismos:

¿Qué puede leerse en los ángeles? ¿Leyenda de qué, son? Leyendo a Dickens se sale por sí sólo. Las puertas no se abren por sí mismas, sin porteros, sin custodios, guías o protectores. Tan grande es nuestra invalidez esencial que la mediación será nuestro destino. Las almas sólo tienen acceso a lo que les es vital a través de cuerpos extraños interpuestos y aunque sea este nuestro más claro anhelo, no hay miras de que podamos ser alguna vez ateos en el sentido en que Marx, en La cuestión judía, definía la religión como “el reconocimiento del hombre por un rodeo, un intermediario”. Agnósticos o creyentes, donde vayamos, un ángel nos esperará en el umbral –maestro, cicerone, abad o gurú–, y será vano pretender. Todo indica que la relación inmediata consigo mismo, con la que, individuo o comunidad, no podemos evitar soñar, no habrá de tener lugar.

**Mariana Lerner**